



OPINIÓN

CAUSA PERDIDA

Escribe: Richard Licetti
Editor de contenidos de medios virtuales
richard.licetti@upn.edu.pe

NOSTALGIA PLAYERA

Uno

Debo a un viaje inesperado, como tantos, el hallazgo de dos playas que la memoria persiste en conservarlas como fueron. Y a otro más el haber recalado en una bahía adonde la imaginación me lleva siempre.

Dos

Terminábamos de avecindarnos en Chiclayo y en un rapto de aventura el tío Edmundo apareció un día con la proposición de enrumbarnos al norte sin definir destino. En la familia a este tipo de ofertas jamás se oponían negativas, así que poco antes de que cayera la noche la solícita Rambler station wagon iniciaba otra de sus incontables travesías.

El tío Edmundo quiso ponerse al timón y luego de un tramo largo, tras sortear con fortuna las curvas y almas en pena de la sinuosa cuesta de Ñaupe —un paso para el cual era menester encomendarse a todas las vírgenes— y de cenar en Chulucanas portentosos caldos de pavo, estacionó la camioneta al costado de una ramada en las inmediaciones de Tumbes. Las primeras luces comenzaban a despuntar mientras él indagaba por el desayuno del día.

Como en todo viaje que se digne de espontáneo, había que continuar. Así fue, y luego de un alto alimenticio en el ecuatoriano puerto de Machala, de común acuerdo se tomó la decisión de dar la vuelta. En esas circunstancias nos recibió Zorritos.

Los mayores eligieron el antiguo hotel de turistas para pasar la noche y beber unas cervezas en su terraza. A mí el esplendor de su playa a las cinco de la tarde me provocó un hechizo de larga duración. Si en lo simple

radica lo bello y lo cierto, entonces ese sitio era hermoso y verdadero: arena, mar, lanchas de pescadores, el arrullo de las olas. Todo podía contemplarse auténtico y verosímil en esa caleta, de las que quedan pocas.

A no muchos kilómetros de allí existía otro remanso de pescadores —Máncora—, desfigurado hoy al extremo de haberse convertido en algo completamente distinto de lo que fue. Porque la profusión de hoteles y visitantes no ha mejorado a esta caleta, sino todo lo contrario. Por eso me solazo con el recuerdo calmante de su playa blanca y mar azul en estado virginal, lo mismo que con el de sus magníficas tortillas de langostinos, de las que uno podía dar cuenta con la maravillosa sensación de estar casi solo en el mundo.

Tres

Un recorrido a través de la costa californiana depara experiencias varias. El acompañamiento de una gaviota en sereno vuelo en el trayecto del ferry hasta la isla de Alcatraz es una de ellas. También que en el Barrio Chino de San Francisco uno deba eludir en cada esquina a pacíficos residentes orientales con problemas de daltonismo.

El descubrimiento de Carmel by the Sea en el camino a Los Ángeles fue fortuito, pero su impronta es imperecedera. En sus arenas transparentes, en los cipreses que vigilan y ventilan la playa, en el horizonte interminable sobre el mar, hay algo único y enigmático. Considérese como valor agregado de este hallazgo a una dama en bikini que bebe el vino de Napa Valley bajo los rayos del sol, y por supuesto el conmovedor espectáculo de las ballenas apareándose frente a la bahía en obediencia a los mandatos de la naturaleza. Sin duda, volver a esta playa es una tarea pendiente.